

Autenticidad, actitud crítica y firmeza

JOSÉ ENRIQUE MARTÍNEZ

Si como amigo evoco la generosidad de Ramón Carnicer en el trato, como lector debo expresar mi permanente admiración su afán de perfección y claridad. Como padrino de nuestro próximo Doctor Honoris Causa me siento honrado y gozoso de poder celebrar en voz alta al hombre esforzada labor universitaria y al escritor que ha sabido levantar su obra al margen de grupos y capillas desde el rigor, la independencia y el esfuerzo personal.

Soslayando aquí su, dedicación académica en las Universidades de Barcelona y Zaragoza, nos, referiremos al Carnicer escritor, al autor de cuentos y novelas, biografías, ensayos, investigaciones lingüísticas libros de viajes. *Los Cuentos de ayer y de hoy* (1962) están llenos de humanidad, inteligencia, amenidad y visión satírica. En 1998 publicó un segundo volumen de cuentos, *Pasaje Domingo. Una calle y 15, historias*. Citemos, además, sus cuatro novelas: *Los árboles, de oro* (1962), revivió los momentos más ilusionados de la adolescencia; seguirían *También murió Manceñido*, crítica satírica de cierto mundo universitario, en el que los protagonistas, cultivadores fríos de la razón, construyen mundo artificioso, al margen del pueblo, la naturaleza y del instinto. *Todas las noches amanece* y *Las jaulas* son sus otras novelas, la última en torno a las causas que llevaron al fracaso colonial español en el sado siglo.

Donde las Hurdes se llaman Cabrera (1964) es un libro clásico de nuestra literatura de viajes; ha conocido ya cinco ediciones y la crítica ha subrayado su carácter magistral; ninguno de los libros de Carnicer ha suscitado tantos estudios y atenciones, siendo texto inevitable dentro de la literatura de viajes y de las antologías del género. De los restantes, *Gracia y desgracias de Castilla la Vieja* es un empeño admirable por destruir viejos e infundados tópicos, y lo mismo puede decirse sobre *Las Américas peninsulares. Viaje a Extremadura*, intento logrado de conocer mejor aquella región, o el todavía reciente *Viaje a los enclaves españoles* (1995), sin que falte una referencia al extranjero en *Nueva York. Nivel de vida, nivel de muerte*, sobre la gran ciudad, combinando objetividad y visión personal.

Cuatro libros ha dedicado Carnicer al estudio del lenguaje: *Sobre el lenguaje de hoy* (1969), *Nuevas reflexiones sobre el lenguaje* (1972), *Tradición y evolución en el lenguaje actual* (1977) y *Desidia y otras lacras en el lenguaje de hoy* (1983). Con escasas excepciones son artículos publicados previamente en *La vanguardia*, que usó

como tribuna correctora de la degeneración que en todo momento acosa a las lenguas y como intento de comprensión de sus cambios, resultado de su propia vitalidad. De sus estudios, me gustaría incidir en dos libros fruto de un esfuerzo considerable y de años de trabajo. El primero en el tiempo, *Vida y obra de Pablo Piferrer* (1963), correspondiente a su tesis doctoral. El segundo, *Entre la ciencia y la magia. Mariano Cubí* (1969), que fue el introductor de la frenología en España y cuya vida y actividades investigó y describió Carnicer con un detallismo admirable, hasta el punto de ser considerado por el autor como "mi mayor esfuerzo en el oficio de escribir", con casi 500 páginas repletas de amenidad, humor, penetración.

Añadamos otros títulos: *Las personas y la cosas* (1973), *Del Bierzo y su gente* (1986), *Sobre esto y aquello* (1988), *El pintor leonés Primitivo Álvarez* (1997), *Cronicón berciano* (1998)... Y además sus dos volúmenes de memorias, *Friso menor* (1983) y *Codicilo* (1992).

Características comunes

A pesar de esta labor aparentemente heterogénea, es posible encontrar características comunes a unas y otras obras. Carnicer es un escritor que toma su tarea con absoluta seriedad, sin ceder un milímetro a la frivolidad o a la retórica vacía. Interesado por todas las cosas que atañen al hombre, a la vida, al entorno y a la historia, bucea en ellas con curiosidad insatisfecha y con un esfuerzo inquebrantable, de forma que detrás de cada una de sus obras hay una ardua labor de información y documentación; sólo así dará Carnicer su bien fundada opinión personal, fruto de la información y la reflexión; tal opinión destaca generalmente por la no fácil aceptación de lo consabido y por la crítica aguda, firme y valiente de las máscaras que justifican vilezas y maldades ; la búsqueda de la verdad bajo las grandes palabras da a su obra un encomiable sentido de autenticidad. Su permanente actitud crítica es la de un intelectual responsable, necesitado de interpretar públicamente la época que le ha tocado vivir, combinando lucidez e ironía.

Su actitud crítica abarca al mundo entero, porque por encima de patrioterías o de nacionalidades grandes o pequeñas, él se siente ciudadano del mundo, hombre de preocupaciones universales que se expresa en un estilo impecable, cuyas notas más relevantes pueden ser la corrección, la precisión y el rigor, con la razón vigilando siempre los desmanes de la emoción o la pasión. Seriedad, responsabilidad, actitud crítica y firmeza pueden dar la imagen de un hombre riguroso consigo mismo y con lo demás y de un autor exigente con el lector; por el contrario, Ramón Carnicer es hombre entrañable, cariñoso, conversador y amigo de sus amigos; y su literatura tiene la virtud de la amenidad, aderezada con un humor y una ironía inconfundibles.

Hombre de letras

Ernesto Escapa

Hace algo más de diez años el Instituto de Estudios Bercianos organizó un congreso de homenaje a Ramón Carnicer, cuyas actas vieron tardía y malamente la luz en Asturias, al descuido del Servicio de Publicaciones de la Universidad de Oviedo. Pareció iniciarse entonces, desde su tierra, la recuperación del escritor que ofrece una de las obras más sólidas de nuestra literatura contemporánea. Autor de cuatro novelas, dos libros de relatos, dos monumentales biografías esclarecedoras de ángulos nada conocidos del XIX, varias misceláneas y atinados estudios filológicos, Ramón Carnicer alcanza su mejor tono en la literatura memorial y viajera. En uno y otro género nos ha legado títulos ya clásicos, que armonizan una expresión estéticamente intachable con la valentía civil que tanto ha perjudicado su estimación en un panorama sumiso y servil. De ahí, sin duda, la penosa y reiterada marginación en galardones oficiales, como los Premios Castilla y León. Porque Ramón Carnicer ha sido siempre un tipo sin ambages, un escritor guiado únicamente por los dictados de su conciencia, un caballero independiente. Sus dos volúmenes de memorias -Friso menor (1983) y Codicilo (1992)- y el testimonio viajero de Donde las Hurdes se llaman Cabrera (1964) acreditan la condición de clásico de este veterano hombre de letras. La acogida de sus obras en León nunca ha sido entusiasta, a causa sin duda de su desdén hacia las pamplinas lugareñas. Ahora la universidad lo recibe, tarde y con rebaja grupal, como doctor honoris causa. Seguramente no asistirá y yo aplaudo su gesto.

